Los vencedores no se condujeron con nobleza y generosidad, y muy lejos de esto, insultaron á los moribundos, maltratando á los vivos sin consideracion alguna. Volvióse á restablecer el antiguo órden de cosas, y desde entonces gimió Roma en la esclavitud; Francia habia aniquilado la libertad en nombre de la religion.

CAPÍTULO XV.

Anita se reune con su esposo en Roma.—Garibaldi abandona la ciudad pàra hacer la guerra en las provincias.—Dispersion de su ejército.—Se embarca para Venecia.—Es perseguido por los austriacos.—Muerte de Anita.—Fuga de Garibaldi.

Durante la guerra de Lombardía, la esposa de Garibaldi habia permanecido en Niza con la madre de este y sus tres hijos, no solo porque estaba en cinta, sino porque su salud comenzaba á resentirse. Sin embargo, al tener conocimiento de las terribles aventuras de Garibaldi y de su fuga á Génova, dirigióse presurosa á dicha ciudad á fin de reunirse con él; desde allí marchó á Rieta, mientras él defendia á Roma, y últimamente, llegó á esta capital, donde sorprendió á su esposo.

«En la mañana del 14 de Mayo, si mal no recuerdo, dice Garibaldi, hallábame yo almorzando en la Villa Spada con Sacchi, Bueno y Coculli, y estaba por cierto algo pensativo, pues me habia visto en la precision de condenar á muerte á uno de nuestros oficiales, un napolitano que la noche anterior abandonó su puesto. Hablábamos, pues, sobre el hecho, cuando de pronto oimos pasos en el corredor, abrióse la puerta, y yo lancé un grito al ver entrar á mi querida Anita, acom-

pañada de Orrigoni. Mis amigos se levantaron entonces y nos dejaron solos.

—«¿Sabeis en lo que se ha entretenido vuestra señora desde Carozze aquí? me dijo Orrigoni.

—«¿En qué? pregunté yo.

—«En examinar las baterías francesas que hay en San Pedro de Montorio; mirad como estamos cubiertos del polvo que levantaban las balas al rebotar contra las murallas; me ha costado trabajo alejar á vuestra Anita de aquel sitio.

«Yo abracé á mi esposa cariñosamente, y me pareció que ya iria todo bien, pues tenia á mi lado á mi ángel guardian. Lo primero que hizo Anita fué pedirme el perdon del oficial napolitano, condenado á muerte, mas no me fué posible concederla este favor; era necesario hacer ejemplar; no estaba en mi mano recompensar á Medici por su admirable conducta en Vascello, pero en cambio, veíame en la precision de castigar á un miserable por su cobardía.»

Cuando se acordó la rendicion de la ciudad, Garibaldi reunió á todas las tropas, y preguntó si querian seguirle á las Apeninos, para combatir á sus comunes enemigos, los franceses, los austriacos y los napolitanos. Dos terceras partes de los defensores de Roma se alistaron bajo su bandera, componiendo entre todos un total de 4,900 hombres, casi todos montados.

Anita, vestida de hombre, Hugo Bassi, el valeroso sacerdote, y un ciudadano de mucha influencia, llamado Cissamachio, fueron los primeros en ponerse á su lado, así como fueron los últimos en abandonarle cuando se vió perdido. Aprovechando la oscuridad de la noche, el reducido ejército salió por la puerta de Tívoli, y al frente iba Garibaldi, triste y abatido, pues acababa de saber que su querido y heróico amigo Manara, habia muerto combatiendo contra sus enemigos. Anita hubiera podido quedarse en Roma con toda seguridad, y en realidad debió hacerlo así, siquiera porque se hallaba en cinta, pero acostumbrada á desafiar los peligros, no quiso separarse de su esposo en tan críticas circunstancias.

Bien pronto se supo en todas partes la retirada de Garibaldi, y entonces se pusieron en movimiento austriacos y napolitanos para impedir que llegára su enemigo á Génova, empresa en que cooperó celosamente el ejército de la República francesa. Sin embargo, aunque acosado como un javalí, pudo llegar á Terni con sus tropas en buen órden, si bien comenzaban estas á desanimarse, dudando que les fuese posible avistar á Venecia. Garibaldi salió de Terni el dia 11 de Julio, pero tanto le hostigaban los ejércitos enemigos, que sus tropas se desmoralizaron completamente, hasta el punto de que muchos soldados vendieron sus caballos y desertaron, cometiendo luego toda clase de escesos, lo cual parece incompatible con el heroismo de que aquellos mismos hombres habian dado pruebas en la defensa de Roma. Algunos escritores, al hacer sus observaciones sobre este hecho, dicen, que á no dudarlo, los habitantes de los Estados romanos, y de la Italia del Sur principalmente, se habian envilecido á consecuencia de una larga opresion, y deseaban sobre todo vengarse de los padecimientos que sufrieran durante tanto tiempo. La propagacion de las opiniones socialistas y de los principios políticos de anarquía, habia producido tal resultado, y tambien fué una consecuencia de esto el hecho de que todos los que se alistaban bajo la bandera de Garibaldi, eran sobre todo aquellos que estaban en la miseria, que tenian alguna injuria que vengar, ó que satisfacer una venganza, é inútil parece decir que estos no se batian por patriotismo.

Los campesinos, escitados al fin por los curas, se armaron contra los *garibaldinos,* mientras los austriacos se ensañaban en la persecucion; el bravo Medici era el principal consuelo de Garibaldi; los soldados de dicho jefe y los de Manara, permanecian siempre fieles.

No era posible llegar á Venecia como no fuese por mar; en su consecuencia, dirigióse á San Marino, donde licenció su gente, quedandose solo con una reducida tropa de amigos y compañeros, con los cuales atravesó por entre los austriacos, y pudo llegar á Cisanatico, uno de los puertos del Adriático. Una vez allí, apoderáronse los espedicionarios de varias barcas pescadoras, y despues de trabajar durante toda la noche, las dejaron corrientes para hacerse á la vela en direccion á Venecia. Todo fué bien hasta que la flotilla llegó á Mesola, á unas cincuenta millas de su destino, pues allí dió alcance á los espedicionarios una escuadrilla austriaca, que apresó nueve barcas;

las otras seis escaparon como pudieron, y en una de ellas iban, el general, Anita, el celoso patriota Hugo Bassi, Cicera Vecchia, y sus dos hijos, de todos los cuales, solo se salvó Garibaldi.

Véase ahora la relacion de este último, donde refiere los sucesos que entonces tuvieron lugar, dando algunos detalles biográficos de Hugo Bassi, á quien queria como á un hermano.

«Hugo habia nacido en Cento; su padre era natural de Bolonia y su madre de Grecia, por manera que descendia de las razas Latina y Helénica, es decir, las dos mas inteligentes del mundo. Su cabello castaño se rizaba naturalmente, tenia hermosos ojos, la mirada muy espresiva, y en sus labios vagaba de contínuo una dulce sonrisa; era ágil y robusto, amante de la gloria y aficionado á los peligros, pero al mismo tiempo, piadoso como un anacoreta, y muy apropósito para ejercer el apostolado; sus estudios eran profundos, pues conocia á fondo la literatura, las ciencias y las artes, y estaba dotado de una memória tan feliz, que podia recitar el poema del Dante desde el principio hasta el fin. Seis meses le habian bastado para aprender el griego, y en cuanto al latin, le hablaba como si fuese su idioma materno, hasta el punto de hacer magníficos versos; escribia con suma facilidad el inglés y el francés, y cuando los sucesos le condujeron á los campos de batalla, llevaba siempre en el bolsillo un tomo de las posias de Shakspeare y otro de las de Byron, sus autores favoritos. Por último, era tambien pintor y músico.

«Bassi, y Gavazi, íntimo amigo suyo, habian sido una Providencia para el ejército: la poderosa elocuencia del primero, no solo encendió el espíritu pátrio de los italianos, sino que produjo abundantes recursos para el ejército, convirtiendo en generosas á las personas mas mezquinas. En Boloña hizo milagros; los ricos daban su dinero á porfia; las mujeres se desprendian de sus joyas, y se dió el caso de que una jóven, no teniendo nada que dar, se cortó el pelo, que era magnífico, para contribuir con su óbolo. Bassi era á la vez tan ardiente apóstol como intrépido soldado, y en la batalla de Treviso, en la que murió su amigo y compañero, el general Guidotti, fué donde se revelaron todas las virtudes de su corazon. En aquella sangrienta refriega, una bala le mutiló el brazo y la mano izquierda, y aun no curado de

su herida, viósele luego en el combate de Mestre con una bandera en la mano, y fue el primero que subió, sin armas, al asalto del palacio Bianchini.

«Bassi acompañó á la legion italiana en todas sus peregrinaciones; su palabra elocuente fascinaba al pueblo, y si Dios hubiera puesto término á las desgracias de Italia, la voz de Hugo, así como la de San Bernardo, habria bastado para arrastrar á las poblaciones al campo de batalla. Cuando Roma hubo caido, cuando ya no me quedaba sino el destierro y la miseria, Bassi no vaciló en seguirme.

«Yo le recibí en mi barca, en Cesenatro, y se empeñó en compartir mi suerte; con nosotros estaba Anita, Cicera Vecchia y sus dos hijos; todos han muerto, pero, ¡de que modo! ¡oh seres queridos! yo referiré vuestro martirio.

«El nombre de Hugo Bassi será el santo y seña de los italianos el dia de la venganza.

«Cuando los austriacos hicieron prisionero al valeroso sacerdote, tratáronle con la mayor cueldad, y por órden de un prelado de elevada categoria, que por cierto era tambien italiano, arrancáronle la piel de la tonsura y de los dedos bajo el pretesto de que al favorecer la revolucion habia profanado la hóstia al tocarla. Despues de este tormento se le condujo al suplicio.

«Cicera Vecchia, otra de las víctimas, era tambien un hombre notable: habia empleado su influencia, sus bienes y todo cuanto tenia, en la defensa de Roma, y era tan útil y activo que Garibaldi le llamaba *primus inter pares*. Este escelente hombre fué cogido con sus hijos por los austriacos, y se les fusiló inhumanamente.

«Anita se quedó con Garibaldi y no cayó en poder del enemigo, que esta hubiera sido mayor desgracia, pero ¡ay! su destino era morir de otro modo.

Al separarse de Hugo Bassi y los Vecchias, Anita y Garibaldi anduvieron errantes algun tiempo, y al fin encontraron un coche que sirvió para conducir á la pobre señora, la cual no podia apenas tenerse en pié, á una casa de labranza. Cierto doctor llamado Nanini, que casualmente se hallaba allí, declaró que Anita estaba atacada de una fiebre muy peligrosa, debida al cansancio y á las privaciones. La en-

ferma pidió entonces un vaso de agua fresca, y en el momento de llevarlo á sus labios, sonrióse dulcemente y exhaló el último aliento. Garibaldi creyó volverse loco de dolor, mas el enemigo estaba cerca, y si queria vivir para sus hijos y para su país, érale preciso ponerse en salvo. En su consecuencia, dejó la cantidad necesaria para que enterrasen decentemente á la infeliz Anita y emprendió la fuga, pero el dueño de la casa, temeroso de los austriacos, dió sepultura á la difunta en medio de un campo, de modo que sus restos no reposaron en un sitio donde los amigos de Anita pudieran ir á llorarla y á depositar una flor sobre su tumba.

Es patética, á la vez que interesante, la narracion que hace Garibaldi del último viage de Anita. Dice así:

«Cuando Roma cayó en poder de los franceses, resolví buscar fortuna en otra parte; habíame propuesto llevar á cabo una empresa, y Anita se empeñó en compartir mis peligros; ni su delicada salud, ni las observaciones que la hice, ni nada, en fin, bastó para disuadirla. Agradábale la vida de los campos y presenciar los combates, y en cuanto á la fatiga y las privaciones, ¿qué era esto para ella hallandose á mi lado? Anita estaba identificada con Italia, deseaba como yo la redencion de un pueblo, y hubiera sacrificado gustosa su vida por la libertad de mi pátria.

«En San Marino esperimentó ya los síntomas de una peligrosa enfermedad, y entonces insistí para que se quedase allí, pero todo fué inútil; los nuevos peligros no la intimidaron en lo mas mínimo, ni hubo medio de hacerla variar de resolucion. En Cesnatico, cuando estuvimos trabajando toda la noche para arreglar las barcas, Anita fué á sentarse en una roca, desde la cual nos contemplaba con su mirada melancólica.

«Al desembarcar en la playa de Mesola, apenas podia tenerse en pié.

«En vano se lisongeaba de que en la tierra firme se pondria mejor: ¡la tierra! esta no podia ofrecerla ya sino una tumba! ¡Italia, recibe los restos de la amazona americana, mártir de la libertad! ¡Hombres generosos, id á depositar un recuerdo en el sepulcro de esa valerosa hija de América!»

«Solo, abandonado de todos, y con el corazon desgarrado por el mas profundo dolor, Garibaldi emprendió la fuga, y por espacio de treinta y cinco dias anduvo errante y fugitivo, hasta que al fin pudo llegar á Génova, desde cuya ciudad se trasladó fácilmente á Niza. Garibaldi no estaba seguro, sin embargo, en los dominios de Cerdeña, cuyo Gobierno no se atrevia á indisponerse con los de Francia y Austria, y por lo tanto, vióse en la precision de emigrar otra vez. Tuvo no obstante la satisfaccion de abrazar á su madre, á quien adoraba, y tambien á sus hijos, mas queridos para él desde el momento en que eran huérfanos de madre.